

Ares y mares

¿Qué pasa con Cortázar?

Ida Vitale

Termino el nuevo *Territorios*, nuevo en parte, porque también nos ofrece la posibilidad de realizar esa experiencia que a veces intentamos, de vuelta a lugares que no han variado, y medimos el efecto del tiempo no sobre ellos sino sobre nosotros. Releo, entonces, "País llamado Alechinsky", que viene de *Ultimo round*; "Reunión con círculo rojo", que viene de *Alguien que anda por ahí*; "Un Julio habla de otro", de *La vuelta al día...*; "Diálogo de las formas", de *Ultimo round*; "Yo podría bailar ese sillón, dijo Isadora", de *La vuelta...*; también "Homenaje a una joven bruja"; me siento como tomándome examen de familiaridad con los perros de Thiercelin o las langostas, mancupias y bantos reaparecidas en *Paseo entre las jaulas*, como cuando en el gran muestrario del Louvre uno va reconociendo la pintura de Europa, acá un Magnasco, allá un Patinir. Los malintencionados que lean esto pensarán que estoy abaratando el género. Hasta ahora, en modo alguno. Cortázar ha desarrollado un sistema de textos perfectamente suyo y tiene derecho a juntarlos por su mismo pelo y alambrazar alrededor, sobre todo cuando el respaldo lujoso de una editorial adereza con primor el reducto. Y más aun cuando ese reducto responde con fidelidad a uno de los valores que el autor afirma, su heterodoxia, hecha de informalidad, ataque frontal a los valores establecidos, deseos de perturbar el orden burgués (como buen anarquista que no sé si ha sido) en sus zonas sensibles: sexo, gustos "artísticos", prejuicios de cualquier especie. La revisión de los aspectos aceptados y no discutidos del lenguaje, el espíritu crítico ante los idiotismos, filtraciones en un género que, como la novela, abre tanto las puertas amplias a las formulaciones del habla menos vigilada, provocaron con *Rayuela*, sobre todo con *62, Modelo para armar* y también con *Prosa del observatorio*, una modificación explosiva e irreversible en el terreno mayormente pampeano de la narrativa hispanoamericana. Supongamos que yo hubiese sido testigo del surgimiento del Parícutín: sería natural que cuando el paso de un tren sacudiera mi cama, despertara con el sobresalto de otra conmoción geológica. Vi pasar así *Libro de Manuel*; le hice adiós con un pañuelo, cosa que no suele hacerse con los volcanes. Ahora en *Territorios*, ni modo de hacerme la desentendida: aquí está de nuevo la *Poesía permutante* en varias muestras. ¿Otra vez, bajo un nuevo subterfugio, los *Pameos y meopas*? ¿No nos habíamos puesto de acuerdo en que era una equivocación, fruto de un crecimiento incontrolado de neoadolescencia? Cortázar reincide en algunas composiciones de *Ultimo round*, pone en líneas cortadas un texto anodino sobre Guido Linás y ya no hay manera de evitar la marea reprobatoria. ¿Cómo alguien de tanto brío para la fundación en la prosa puede abrir camino orondamente a estereotipos ya sin magia como: *Cósmico caracol de azul sonoro, baja a tus muslos su húmeda gacela, bajo las crueles amapolas, en la amapola de tu vientre, bajo el misterio centital que te abre una lenta teoría de panteras*, etc.? La poesía tiene algunas exigencias, después de todo. ¿Qué vía de facilidad lleva a que esto se vuelva publicable: *una cartografía; América Latina, esa que te contiene y me contiene, esa que desde amargas diferencias va modelando el mestizaje que nos acerca y nos defiende y nos propone? O la ancha plaza latinoamericana donde hombres diferentes se encontrarán un día*, etc. Partir a veces desde Mallarmé o sus proximidades y considerar poética cualquier comunicación escrita puede aumentar la confusión entre los distraídos de siempre, que abundan en las praderas de la poesía, tan al alcance éstas para los picnics dominicales (o los viajes en avión), y van a olvidar sin remedio aquella sana máxima de Paracelso: "No sea otro quien puede ser sí mismo".